

COVID-19

Una oportunidad



para

reescribir

ALFONSO GANEM

¿Estábamos satisfechos con el mundo pre-pandemia? El colapso internacional puede ser una oportunidad para reescribir la sociedad y dar solución a conflictos olvidados.

La COVID-19 ha cobrado tal relevancia en nuestras vidas, que ahora podemos dividir el tiempo en dos: antes del coronavirus (a.C.) y después del coronavirus (d.C.). Los primeros meses de esta nueva era no han sido fáciles, tristemente hemos sido testigos de la fragilidad que tiene nuestra civilización. Ningún estado, organización internacional o persona estábamos preparados para enfrentar este tipo de emergencia global.

Por muchos años creímos que los sistemas económicos y políticos, entre más grandes y más complejos, eran mejores. Asumimos que el gigantismo tendría la suficiente fuerza para soportar cualquier desafío, pero al final fue esa misma robustez la que terminó por inmovilizarnos. A mayor concentración de poder, mayor es el riesgo de que cualquier error pueda volverse una catástrofe (ver *Antifragil de N. Taleb*).

En esta ocasión bastó un organismo sencillo y extraño para detener el acelerado trajín de las ciudades. El virus atacó directamente la fuente de energía que alimentaba a la vida urbana: el movimiento. Sin el tránsito de personas o mercancías, las ciudades pierden su propósito. Antes de marzo de 2020 eran impensables las avenidas sin tráfico, las escuelas sin alumnos o las plazas comerciales vacías. Mucho menos nos imaginamos que el hogar se transformaría en una oficina, una escuela, un gimnasio, un taller y hasta en una estética.

Sin notarlo, en menos de seis meses fuimos capaces de formar nuevos hábitos sociales. Por ejemplo, nos volvimos más conscientes de nuestra

higiene, exploramos nuevas maneras de trabajar, de educarnos y de divertirnos; incluso pudimos reducir la brecha que había entre nativos análogos y nativos digitales. ¿En qué otro momento los jóvenes pasarían un viernes por la tarde platicando con sus abuelos por videoconferencia?

El conjunto de estas y otras reglas constituyen nuestra actual cotidianidad, o dicho con la etiqueta de moda son la «nueva normalidad». Sin embargo, como sociedad seguimos a la espera de regresar a nuestra vida regular. Una vida caracterizada por la libertad de tránsito y la seguridad de no ser contagiados por los otros. Por eso, toda esperanza de un futuro mejor se ha depositado en la vacuna contra el coronavirus. Tenemos la certeza de que la misma medicina que cure la enfermedad de nuestros cuerpos, sea también la que cure la enfermedad de nuestras ciudades.

LA CURA PARA NUESTRA SOCIEDAD NO ES UNA VACUNA

La comparación entre los males físicos y los males sociales es una metáfora bastante antigua. Ésta tuvo su origen en la Grecia clásica, cuando los filósofos equipararon la práctica médica con el arte de la gobernanza. Igual que un galeno es responsable de cuidar de cada uno de los órganos para mantener la salud del cuerpo, así un político debe velar por sus ciudadanos para lograr la salud de la *polis*.

Para la mentalidad contemporánea, el razonamiento anterior no podría ser más vigente.



el mundo

Solo hay que revisar las estrategias que siguieron muchos gobiernos para contener la pandemia, donde cada persona enferma era considerada un problema de salud pública. Desafortunadamente, la actualidad de esta metáfora es proporcional a su fracaso. Antes, la metáfora comparaba cuerpos y ciudades que estaban hechos a escalas humanas. Hoy las ciudades modernas son mucho más complejas y grandes que cualquier cuerpo, y ya no es posible ver reflejadas las cualidades individuales en las cualidades de una asociación política.

Como dice G.K. Chesterton «en el momento en que otorgamos a una nación la unidad y la simplicidad de un animal, empezamos a pensar de manera absurda. Que un hombre sea bípedo no quiere decir que cincuenta hombres sean un ciempiés» (*Lo que está mal en el mundo*, p.13). Por eso podemos afirmar que, ni las ciudades se enferman como lo hacen sus habitantes, ni que las curas para los males del cuerpo sirven para remediar los males sociales.

La vacuna contra el coronavirus prevendrá la masificación de futuros contagios, aunque no remediará los conflictos sociales que existen a causa de la inequidad. Asimismo, brindará la confianza que muchas personas requieren para salir de casa, pero no será suficiente para curar nuestra actual parálisis económica. Incluso, podemos considerar a la vacuna como un gran avance de la medicina, sin embargo, es posible que no sea suficiente para regresarnos a la normalidad. Entonces ¿qué sentido tendría esperar una cura que no va a tener los efectos que esperamos? ¿No valdría la pena que los gobiernos y la sociedad civil exploraran remedios sociales que sirvan para remediar males sociales?

LOS POBRES COMO REMEDIO PARA LA POBREZA

La gran mayoría de nosotros podrá coincidir que el virus representa un mal para nuestra civilización, pero ¿existirá consenso en cuál debe ser el bien al que debemos aspirar? Una vez más, las palabras de Chesterton son pertinentes «el único modo de hablar sobre el mal social es llegar de inmediato al ideal social» (*Lo que está mal en el mundo*, p.16). Para algunos ese bien debería materializarse en un mundo donde el virus haya sido eliminado y podamos volver completamente a la normalidad. Otros, opinarán que sería mejor explorar nuevas maneras para rehacer nuestro mundo, donde las posibilidades aún son desconocidas.

Por ahora, el anhelo generalizado por volver a la normalidad es el ideal de muchos políticos y personas de ciudad, pero parece ser un deseo egoísta. Querer que todo vuelva a ser como era antes de la COVID-19, supone que estábamos relativamente satisfechos con las condiciones en que vivía el mundo. Lo anterior no implica que fuéramos ajenos a los problemas globales y locales, solo que consideramos un mejor mundo aquel donde podemos seguir cumpliendo con nuestros planes y con nuestra rutina.

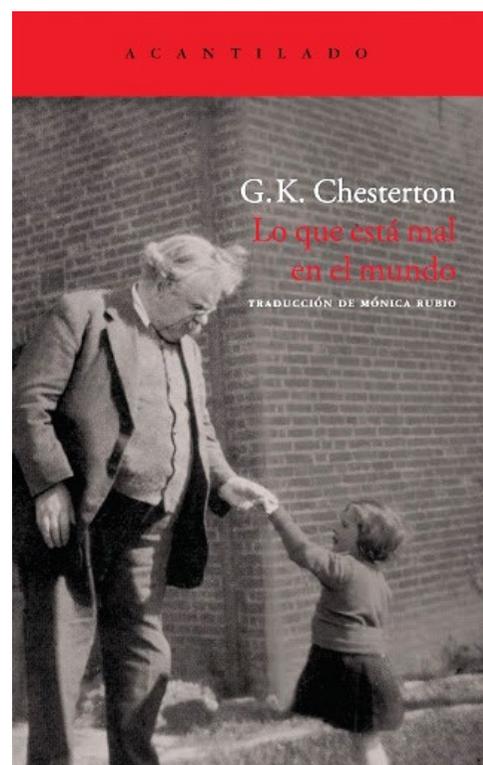
Pero ¿qué sucede con aquellas vidas que antes y después del coronavirus estaban asediadas por los males de la miseria, la violencia y la migración forzada? ¿No sería mejor que en lugar de luchar por el regreso a la antigua normalidad, aspiráramos a un mundo donde las personas que hoy viven con menos de dos dólares al día puedan tener una vida digna?

Muchos han visto esta tarea como una labor utópica, la cual solo puede ser llevada a cabo por

magnánimos espíritus. Cuando imaginamos las condiciones necesarias para remediar los terribles males sociales, inmediatamente pensamos en exorbitantes sumas de dinero; en especial, cuando enfrentamos una de las crisis económicas más grandes de nuestra historia reciente.

Hoy los gobiernos y las organizaciones internacionales, discuten la forma de asistir a aquellos que consideran los más vulnerables y desprotegidos. Incluso, algunos países ya han empezado a destinar parte de su presupuesto para detener el incremento de la pobreza extrema. Sin embargo, estas formas de asistencia son paliativos que solo ayudan por un tiempo. ¿Qué pasará cuando la vacuna sea una realidad y que la «nueva normalidad» vuelva a marginar a más de la mitad del mundo que vive en pobreza extrema?

el virus atacó directamente la fuente de energía que alimentaba a la vida urbana: el movimiento. Sin el tránsito de personas o mercancías, las ciudades pierden su propósito.



Lo que está mal en el mundo
GK Chesterton

tenemos la certeza de que la misma medicina que cure la enfermedad de nuestros cuerpos, sea también la que cure la enfermedad de nuestras ciudades.



Afortunadamente, las grandes donaciones y el intervencionismo no son nuestros únicos medios para remediar la pobreza extrema. Desde hace muchos años varios actores sociales han luchado por modificar la imagen que se tiene del pobre, como un ser necesitado e incapaz de valerse por sí mismo. Tal es el caso de E.F. Schumacher (1911-1977), P. Polak (1933 -2019) y G. Zaid (1934). Los tres autores parecen compartir la misma intuición: para erradicar la pobreza necesitamos más empresarios y menos filántropos.

Hay dos maneras de poder entender esta idea: la empleocéntrica y la empresacéntrica. La primera manera puede comprenderse a la luz del proverbio «Dale a un hombre un pescado y comerá un día, enséñale a pescar y comerá el resto de su vida». En este caso el empresario capacitaría al pobre para ser su empleado, pero no lograría erradicar la pobreza por completo. El pescador que solo conoce su oficio, subsiste dependiendo siempre de otro que le dé la caña. Una vez que la renta de la caña o sus reparaciones sean muy costosas, el pescador volverá a ser pobre.

La manera empresacéntrica afirma que deben ser los mismos pobres quienes deben volverse empresarios. En su libro *Lo pequeño es hermoso*, Schumacher da una interpretación distinta del proverbio. El economista muestra que no es suficiente con enseñarle a una persona una técnica o un saber para eliminar la pobreza, es necesario también enseñarle a fabricar sus propias herramientas. En el caso del pescador, solo será independiente cuando sea capaz de hacer su propia caña y repararla cuando se averíe.

EMPRESAS DE POBRES PARA POBRES

El empresacentrismo podría pasar como una de tantas buenas ideas, que nunca llegan a concretarse. Afortunadamente, esta vez no fue el caso. Además de ser autores reconocidos, Polak y Zaid son empresarios, y han implementado en sus negocios varias de sus ideas. Basta con leer *Cómo acabar con la pobreza* de Polak o cualquier texto de economía escrito por Zaid (*El progreso improductivo*, *Empresarios oprimidos* y *Dinero para la cultura*, etcétera) para darse cuenta de que sus ideas son reflejo de su vida empresarial.

Entre todo lo que podría asombrarnos de ambos autores-empresarios, quizás uno de los aspectos que más sobresalga sea el optimismo que tienen acerca de la pobreza. A lo largo de *Empresarios oprimidos*, Zaid logra retratar de muchas maneras este optimismo. Sin duda, uno de los artículos que mejor captura esta actitud es *Salir de pobres* (texto que aparece originalmente como prólogo en la traducción al español de *Cómo acabar con la pobreza*). En este texto, Zaid resalta algunas de las cualidades e ideas que tuvo Polak para enfrentar la pobreza, de las cuales muchas de ellas pueden rastrearse en la obra del propio Zaid.

Una de las primeras cosas que dice Zaid sobre Polak es que no compadece a los pobres, sino que los trata como clientes. Y agrega, «Polak no es diseñador ni trabajador social, sino empresario. Lo que hace es estudiar el mercado y definir qué tipo de producto podría tener éxito». Para formular una oferta pertinente Polak «los visita, platica con ellos, les pregunta cómo le hacen [...] Trata de pensar

la cura del coronavirus es una parte para enmendar los males que se avecinan: la creación de tecnologías baratas, el fortalecimiento de los nuevos mercados y la erradicación de esa imagen que considera al pobre alguien necesitado.

qué medios de producción pudiera venderles» (*Empresarios oprimidos*, p.26-27).

A partir de lo anterior, se muestra otra de las tesis que comparten Polak y Zaid: la pobreza surge por la falta de mercados hechos a medida de los pobres. La mayoría de los esfuerzos intervencionistas intentan erradicar la pobreza, al ofrecerle a los pobres los bienes y servicios de la clase media. Esta estrategia además de ser muy costosa y poco eficiente, niega la posibilidad de que se creen nuevos mercados (ver *El Progreso improductivo*).

Al tratar a los pobres como sus clientes, Polak descubre un mercado potencial de 800 millones de personas. Hasta antes de su muerte, él y su compañía IDE (International Development Enterprise) habían contribuido a que 19 millones de personas dejaran la pobreza extrema. Las historias sobre estas familias que alcanzaron una mejor vida a partir del surgimiento de nuevos mercados, son narradas en *Cómo acabar con la pobreza*.

El libro además cuenta con numerosos consejos y principios prácticos para iniciar negocios con personas que ganen menos de dos dólares al día. Por ejemplo: explica en 12 pasos cómo resolver problemas prácticos, hace una guía sencilla de cómo fabricar productos baratos y duraderos y ofrece el modo de cómo puede diseñarse tecnología para el otro 90% de la población.

En gran medida, el éxito de estos nuevos mercados se encuentra en la oferta pertinente de crear tecnología barata, eficiente y de fácil uso, que mejore la vida humana, sin degradar las relaciones sociales. Uno puede consultar el catálogo de estos productos impulsados en *Design for the Other 90%*, *The Business Solution to Poverty*, *Designing Products and Services for Three Billion New Customers* o en la página personal de Polak (<https://paulpolak.com>).

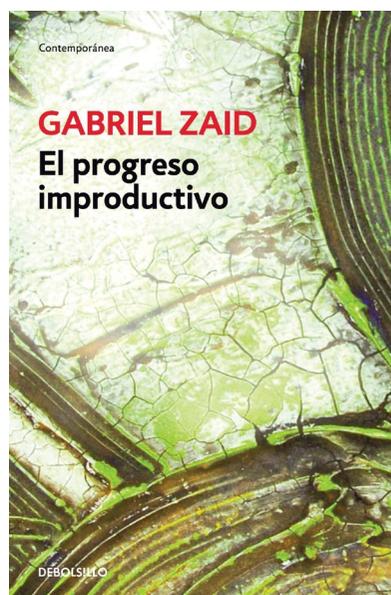
En resumen, ambos autores promueven una misma idea: necesitamos empresarios pobres para erradicar la pobreza. Aquellos que viven en pobreza extrema representan a más de la mitad de la población mundial y es posible que después del coronavirus este número aumente considerablemente. En el sitio web de IDE se muestran los problemas que enfrentarán diferentes comunidades alrededor del mundo.

La hipótesis que hoy sostienen es que la crisis sanitaria derivará en una crisis alimentaria. Gran parte de las comunidades rurales

dependen de la agricultura para su supervivencia. Debido a las medidas de distanciamiento social y las personas que han sido víctimas de la COVID-19, los campesinos no podrán atender las cosechas y es probable que se pierdan.

La complejidad del escenario invita a pensar soluciones alternas y diferentes, como lo hiciera una vez Polak y como lo sigue haciendo Zaid. No podemos darnos el lujo de perder a estos empresarios pobres y de no seguir promoviendo el surgimiento de nuevos. El trabajo que realizan ellos en sus comunidades es vital para prevenir nuevamente el surgimiento de la miseria, es decir que vuelvan a su antigua normalidad.

La cura del coronavirus es solo una parte de un gran proyecto para enmendar los males que se avecinan, ya que antes y después del COVID-19 ya existía la pobreza extrema. Para curar este mal social son necesarios remedios sociales como: la continua creación de tecnologías baratas, el fortalecimiento de los nuevos mercados y sobre todo la erradicación de esa imagen que considera al pobre alguien necesitado. Queda solo por añadir que éstas y otras iniciativas siguen siendo impulsadas por IDE durante la pandemia, pueden consultarse en: <https://www.ideglobal.org/story/prevent-a-hunger-crisis> </>



El progreso improductivo
Gabriel Zaid



El autor es maestro en Filosofía por la UNAM. Profesor-investigador del departamento de Humanidades de la Universidad Panamericana.